

Centro de extensión UC

## Vicente Huidobro, coleccionista de arte

AMALIA CROSS

En la mente de Huidobro, África era tierra fértil para la vanguardia.

“El arte negro está mucho más cerca de la creación que de la imitación. He ahí la razón de su importancia para mí y el porqué diez años antes que se pusiera de moda y que empezara a adornar los salones de la gente de élite... yo empezaba mi colección y adornaba con ellos mi escritorio”. Eso escribió Vicente Huidobro en 1926 remontándose al inicio de su pasión por el arte africano cuando llegó a París y comenzó a gestarse dentro de él un profundo deseo por adquirir esos objetos extraños (ante los ojos occidentales) alejados de la realidad, pero próximos a sus ideas sobre lo que debía ser el arte moderno. Un interés que marcó a gran parte de los artistas de vanguardia. Una obsesión por tener esos “fetiches” protocubistas que terminó con sus amigos —el pintor Pablo Picasso y

el poeta Guillaume Apollinaire— presos por adquirir pequeñas piezas prehistóricas (no europeas) que habían sido robadas del Louvre. Y que, a su vez, no sabemos cómo el Louvre se hizo de ellas.

De eso trata la exposición “Huidobro, entre la vanguardia y el arte africano”: de explorar en la faceta de coleccionista del inventor del creacionismo y en lo que nos dicen los objetos no tanto sobre sí mismos, sino sobre su propietario. Objetos que —inesperadamente y contra la voluntad del poeta— terminaron formando parte de la colección del Museo Nacional de Bellas Artes y del Museo Nacional de Historia Natural en 1930 y que se exhiben hoy rodeados de documentos (fotografías, cartas y otros archivos) que dan

cuenta de una investigación im-

pe-

cable, pero con una museografía demasiado recargada para una sala tan pequeña.

En el mismo texto, Huidobro afirma: “Para nosotros y para todos los artistas de la nueva generación, el arte negro tiene otra importancia har-

to menos banal que una simple moda”. Era, en sus palabras, “un principio estético” que se tornaba visible en su poesía, por cierto, pero también en la decoración de su hogar.

En una fotografía de 1922, vemos el interior de su departamento en el barrio Pigalle de París. El piso es de parquet y está cubierto con grandes alfombras de lana; a la izquierda, dos sillones de terciopelo, y

a la derecha, un sofá tapado de telas orientales. Más atrás, un escritorio de madera torneada junto a una silla Viena (Thonet n° 14) y sobre el



Interior del apartamento de Vicente Huidobro en 41 Rue Victor Massé, París, 1922.

escritorio imagino ver un ejemplar de “La escultura negra” (Negerplastik): libro del historiador del arte Carl Einstein que expertizó la colección de arte africano de Huidobro. Un libro clave, para el cruce entre arte y etnografía, que también Sigmund Freud tenía en su biblioteca. En el muro principal hay cuatro de sus poemas pintados (“Ocean”, “Minuit”, “Tour Eiffel” y “Marine”), con la ayuda de Sara Malvar y Robert Delaunay, que ex-

hibió ese mismo año en el Teatro Edouard VII. Y sobre la chimenea, frente a un gran espejo o al otro lado del espejo, sus objetos más preciados dispuestos como en un altar, porque Huidobro les rendía culto a esas estatuillas negras talladas en madera junto a otras obras como las esculturas de mármol blanco de Jacques Lipchitz, cuyos “dedos siempre a alta frecuencia dejaban escapar chispas minúsculas”. Estas líneas, planos, volúmenes, chispas,

en su conjunción, sintetizan el complejo sistema estético de una época que hace que el entorno del artista —en este caso, la decoración de su escritorio y las características de su colección— sea parte de su obra. Una pasión que en su libro “La próxima” (1934) lo llevó a idear el proyecto fallido de arrancar de la decadencia de Occidente para fundar una colonia de artistas en Angola.